

frente combate y por el pecho y cara a cara hiere a su contrario; no el que mata ocultando el puñal entre ramo de flores.

* * *

Siendo la mentira ley de la vida presente, el personaje reinante de nuestro tiempo, el figurín de nuestra *moral* será aquel que mejor encierre bajo apacibles y *correctas* apariencias la malicia o perversidad de su espíritu. Vedle: es el Fulgencio de «Consuelo»; su atavío es irreprochable; sabe que el buen corte de una levita ejerce más influjo en la sociedad que una conciencia recta. No temáis que se le altere el rostro con los rasgos de la indignación o de la cólera. No desafinará nunca: tiene siempre en los labios estereotipada la sonrisa, pero no os fiéis, su sonrisa es máscara. Si le habláis os contestará con frase melíflua acariciándoos la mano o abrazándoos cariñosamente. ¡Cuidado! Acordaos de que Judas besaba a Cristo para entregarle. No hagáis caso de sus halagos; detrás de esas flores hay acerdas espinas. Hablará quizá de patria, de moral, de virtud... Canto de sirena, voces que están en los labios, pero que no tienen raíces en el corazón.

Su moral es la del Código: la ley escrita, su sola ley; la otra, la grande, la que consiste en renunciar nuestros derechos en pro de los demás, la que es sacrificio y abnegación... ¡Oh! de esa moral y de esa ley el personaje reinante sólo conoce los nombres.

El vulgo suele inclinarse respetuosamente ante los hombres que mejor representan ese estado de las almas; se ha dicho que la muchedumbre es un viejo Narciso que se complace en ver reproducida su propia imagen, y como el personaje reinante la copia, la multitud se inclina ante él y llama a su astucia talento, y virtud, a su hipocrecía. El tiempo, al cabo, arrancará a esos monarcas de ocasión sus prestadas insignias; aparecerán como son, como cómico de la legua cuando se despoja de su corona de cartón y de su cetro de caña...

¿Es responsable en absoluto el personaje reinante de sus malas cualidades? Quizás menos de lo que se cree: es en cierto modo un producto; es el arbolillo que ha recogido todos los átomos de mentira que flotaban en torno suyo; es el escepticismo moderno hecho carne.

ZEDA

Sabiduría de niños

La religión

NIÑO.—Mamá, ¿por qué se ha puesto hoy la criada su blusa festoneada?... ¿Por qué me ha puesto á mi este vestido tan hermoso?...

MADRE.—Porque hoy es un día de fiesta y debemos ir todos a la iglesia.

N.—¿Qué fiesta?...

M.—La Ascensión del Señor...

N.—¿Qué quiere decir Ascensión del Señor?...

M.—Quiere decir que este día nuestro Señor Jesucristo partió al cielo.

N.—No comprendo lo que quieres decir con «partir al cielo».

M.—Quiero decir que nuestro Señor Jesucristo voló al cielo.

N.—¡Ah! ¿Voló al cielo?... Pero cómo, ¿sobre alas?...

M.—No sobre alas... Simplemente... Sin alas... Porque El es Dios, y Dios lo puede todo...

N.—¿Pero adónde pudo volar?... Papá me ha dicho repetidas veces que el cielo no es más que algo aparente y fatuo a la vista... Que allí hay solamente estrellas, y detrás de las estrellas que vemos hay otras invisibles para nuestros ojos. Y que el cielo no tiene fin... Adonde, pues, pudo volar?...

M. (sonriendo).—Hay cosas, hijo mío, que uno no puede comprender, pero que, todos debemos creer.

N.—¿Por qué?...

M.—Porque otros nos lo dicen...

N. (meditando).—Porque otros nos lo dicen... Pero tú misma me dijiste